

pizarnik o de lo real

son visibles, sin embargo no dejará de insistir con un verbo tierno y luminoso, lúdico y terrible, como quien se lo ha jugado todo a una sola carta, para "cubrir con cantos la fisura", es decir, para cerrar la herida por la que el viento de la noche cuela su aguja de insomnio y desolación.

En toda la obra de Pizarnik perdura la fantasía del mundo de la infancia con sus extrañezas y conexiones alógicas que rozan, en muchas ocasiones, un intento de designificación de un mundo adulto supeditado a estrechas concepciones reduccionistas e infelices. A veces abusa de la obra de Lewis Carroll por la que siempre se sintió deslumbrada. Siguiendo la lógica libertaria del escritor inglés, Alejandra nos dice que ella se oculta en el lenguaje por miedo a sí misma. En esos momentos, sin duda nocturnos, la poesía es el arma para conjurar, para establecer, aunque sea sólo por un instante, el espacio sagrado. Que las palabras hacen la ausencia, como hemos citado, creo que es un juicio a posteriori, porque de hecho Pizarnik cree en ellas por encima de todo. En una entrevista concedida a Martha Moia, nuestra poeta dice "que la única morada posible para el poeta es la palabra". Pero cree en la poesía como elemento mágico gracias al cual uno puede recobrase de tanta dispersión y extrañamiento ("de tanto lugar de no llegar nunca" como escribió ese inmenso poeta desconocido entre nosotros: Enrique Molina) no como sustituto de nuestras experiencias vitales. Las palabras sí hacen el amor, pero entre ellas, seamos sensatos; nadie, que yo sepa, ha perdido la virginidad haciendo versos. Sin embargo debo constatar que no son pocos los poetas que sólo han vivido entre las palabras, y desde ellas han transformado nuestras vidas. Pero centrémonos en la escritora argentina.



Ni la vida ni la palabra, ni la vida de la palabra ni la palabra de la vida: en todo falta, no una razón suficiente, sino una realidad real, suficientemente real: "Las palabras hubieran podido salvarme, pero estoy demasiado viviente", escribió más allá del desgarró. Tanta vida que no la pudo contener el mundo, y participando de ese puñado de almas atormentadas y luminosas que pasan por la tierra con una avidez que delata su precariedad, se quitó la vida, a los treinta y tres años, en la ciudad de Buenos Aires. Su poesía fue un intento por ir "hacia mí desconocida que soy, mi emigrante de sí". Sin duda tuvo demasiadas noches de soledad

habitadas por la marea verde del insomnio, una soledad que la buscó tras las palabras y la hizo crecer en la oscuridad para siempre.

Ella nos dejó dicho en uno de sus poemas que "no importa si cuando llame el amor/ yo estoy muerta/ vendré/ siempre vendré/ si alguna vez/ llama el amor". Hoy sus palabras son más reales que su vida, pero Alejandra las habitará para siempre.

JUAN MALPARTIDA